

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7-50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 21.—Teléfono 145—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 257.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Moss, Jerusalem Strasse, 48 49.—La correspondencia al Administrador

†
PRIMER ANIVERSARIO
D. O. M.
EL SEÑOR
DON CELESTINO MARTINEZ VIDAL
Falleció el 3 de Enero de 1911, habiendo recibido los Santos Sacramentos
R. I. F.

En sufragio de su alma, estará la vela y alumbrado al Santísimo Sacramento, en la Consagrada Iglesia del Santo Hospital de Caridad el día 3 de Enero próximo, siendo aplicadas por su eterno descanso todas las misas que en la misma Iglesia se celebran de 8 á 12 y las de Emperatriz que tendrán lugar á las once.

Su esposa é hijos, ruegan á sus amigos y personas piadosas se sirvan asistir á tan piadosos actos y encomendar su alma á Dios.

Varios Prelados tienen concedidas indulgencias en la forma de costumbre.

LABOR SOCIAL

Antes, como el que más, de esta bendita y desgraciada tierra, en la que, para regullo nuestro, tuvimos la dicha de nacer, ha de alectarnos, vivamente el triste espectáculo que hoy nos ofrece, a verla siniestramente acariciada por el flamear de las pasiones que avivada por el huracán del odio, amenaza reducir á cenizas, secando, machitando, impidiendo por el momento, que se desarrolle todo impulso gejeroso y teniendo en suspenso su vía, arrojada impía é injustamente á la más grande y desastrosa de las anomalías.

Cierto es que de algún tiempo á esta fecha se ha operado en Cartagena un movimiento de opinión; á fuer de sinceros hemos de reconocerlo así; pero simultáneamente con esa afirmación nos ocurre preguntar: ¿en que sentido está orientada esa opinión? ¿que objetivo la mueve y la anima? ¿que finalidad persigue?

La respuesta nos la dan á diario los propios propulsores de ese movimiento. Se trata lisa y llanamente de aniquilar, de destruir, de matar al cacique, esto es: labor puramente negativa. Y más negativa aun si se tiene en

cuenta que ese cacique no existe; que ese cacique es un fantasma, una visión de alucinado, que creó la insana fantasía de un movimiento, y al que no vital puramente imaginativa la ignorancia de los hechos que, como causas por sí mismos, y en su legítimo y atendible deseo de remediarlo, no primero que les señala aquel cuyo entendimiento supúese superior al de ellos, y de aquí lo delictivo y reprochable de esa explotación de conciencias y de voluntades, hecha al amparo de fáciles sugestiones.

No nos dicen ni de sus actos se deduce, que tiendan—no á matar al cacique, que este es monstruoso reptil que necesita de medio ambiente para vivir, y en Cartagena no lo encuentra—no á hacer imposible ese ambiente, á dificultar el desarrollo de esa planta maldita del caciquismo—labor innegablemente positiva—; no á conseguir el mejoramiento en general de la vida para hacer más posible la de los más necesitados—labor positiva también—; no á procurar porque impere la legalidad y la justicia que, como la religión en el orden moral, ha-

cen en el social y el jurídico ignales á todos los hombres—labor asimismo positiva—; no á lograr la regeneración administrativa y económica de Cartagena, haciendo de esta una excepción que se salve del naufragio que amenaza á todos los municipios españoles, como consecuencia de leyes y disposiciones ministeriales desacertadas y erróneas—labor preferente y esencialmente positiva.

No; la aspiración de los propulsores de ese movimiento de opinión no su blimizai así; apagados á lo prosalco y grosero de la vida se reduce á una simple y liviana contienda personal: á destruir, á aniquilar, á matar—hasta físicamente, si la ocasión de una absoluta impunidad lo permitiera—á aquellos que suponen obstáculo, no para que el pueblo aliente y viva, sino para que ellos puedan conseguir lo que exclusivamente afecta é interesa á su medio personal y privado.

Labor negativa, labor siniestra, labor negra, labor de ruina y desolación que precisa impedir, que urge contrarrestar con una labor social afirmativa, que al mismo tiempo que venga en auxilio y beneficio de los más necesitados, favorezca á la colectividad toda.

Labor positiva que nosotros ofrecemos á los espíritus sensatos, á los verdaderos amantes de Cartagena; labor social que estamos dispuestos á iniciar con el desinterés con el desprendimiento y la abnegación propias y peculiares de toda obra altruista y humanitaria.



El año 1911, termina en un colmo. El colmo del desprendimiento. "La Tierra," nos dice hoy, en que consiste. En que García Vaso, haya renunciado á la maña de don Leonor, porque es, ¡No es mal colmo!

D. Simplicio Bobadilla, Cabeza de Buey, renunciaba generosamente á la maña de don Leonor, porque es, ¡No le quería.

Y el novísimo D. Simplicio Bobadilla, Cabeza de Chorlito renuncia al cogote del Alcalde, porque no se lo dan.

Y los Simplicios del bloque se creen esas simplezas. ¡Se dan Simples!

Ahora bien: eso del Alcalde y lo de los Concejales bloquistas, nonnatos y ya putrefactos, traerá cola.

P. Castaño (el que pregunta á sus amigos, que cuantos son los signos del Zobaço), lo dice en el periódico.

"Se abrirán las Cortes y se discutirá el caso de Cartagena, como uno de tantos casos, que quitan el sueño á los gobernantes."

Comprendemos la rabia de P. Castaño.

Es lo que él, dirá; "¿Los gobernantes desvelados? ¡señal de que no han leído mis XXXIX artículos Para los humildes!"

Los golpecitos á los sucesos de Cullera, se repiten ¡ay! con lamentable frecuencia.

Y nos ponen carne de gallina. Máxime más, cuando nos hemos enterado de que los bloquistas, que pretenden repetir aquí esos horripilantes sucesos, han pedido el indulto de los asesinos de Cullera.

Que es como si dijéran. ¡Hoy por tí, mañana por mí!

El concejal bloquista D. Severino Bonina, cuenta con todas nuestras simpatías.

No solo como confitero, próximo á ser boicottado (en justa reciprocidad á la campanita de sus amigos, que amigos tienes Severino!), sino como concejal sincero y expresivo.

El hombre se propone modificar tales ó cuales cosas del presupuesto municipal.

Y se encuentra con que la ley, se lo prohíbe.

Pues pide la palabra y sienta esta preciosa conclusión.

¡Me carga la ley municipal! Aplaudimos esa confesión, aunque sea copiada de nosotros.

Sabido es, que nos pasamos la vida, diciendo: ¡Nos cargan los bloquistas!

Peró ya no lo diremos más. Año nuevo, vida nueva.

Desde mañana no diremos, ¡nos cargan los bloquistas!

Sustituiremos esa frase, por esta otra. ¡Los bloquistas nos cargan!

Felicidades, lectores. E. r.

PARÍS

Una lección de patriotismo

Quando, en las primeras horas de la mañana, cruzamos el boulevard lleno de los riachuelos de la lluvia menuda, camino de la Sorborna, entre la neblina húmeda, encontramos sus siluetas que tienen una modestia de anónimo, los sombreros hongos, los trajes europeos, y bajo el paraguas, y bajo el arco de las cristales de las gafas que espejan la claridad gris. Si pensamos llevar antes que nadie á la Sala de altos estudios, en el primer banco, callados y sonrientes, maestros en el arte de las cortesías discretas, los encontramos. Y si alguna noche, temerosos del París de ruido y de artificio donde los sudamericanos vienen á dejar su plata lustrosa y sus ingenuas admiraciones literarias, vamos á escuchar en alguna sala recogida un concierto, mudos y risueños encontramos ya á nuestros amigos. Y son los mismos que hemos encontrado en las Bibliotecas nocturnas; que hemos tropezado en la escuela de Ingeniería de Lieja, ó en nuestras exploraciones sociales de Bruselas, ó en las clases mercantiles de la escuela de Amberes. Son los mismos ó parecen los mismos; de tal modo las vestiduras del Occidente uniforman sus pequeños cuerpos ágiles, de tal modo la sonrisa, que quizás quiere ser irónica y quizás quiere ser humilde, modela un mismo antifaz simpático á sus rostros amigables; de tal modo los cristales redondos de las gafas dan un aire académico á sus desbordados vivaces.

Son centenares. Son militares tal vez, y nadie, viéndolos obscurecerse de intento, vestidos en los bazares de ropas hechas, con aire de menestrales de provincias, diría que son las hijas del país de las flores fabulosas en las tintas de papel. Nadie osaría evocar, ante sus figuras de restaurant económico aquellos abajicos de nuestras primas donde, habla siempre, vestida de kimono, una figurina blanca, un agua muerta, florida de lotos, una cigüeña pensativa. Nadie, considerando su aspecto á un tiempo mismo reservado y afable, imaginaria que como una llama viva capaz de absorber y destruir toda otra preocupación sentimental, un gran

idea llena sus almas; que el amor de su patria remota—un amor susceptible de todas las torturas, y de todos los sacrificios que le hacen merecedor de tal nombre—esclarece, con una luz invisible para nosotros, el camino de sus vidas futuras.

Y nada más cierto, sin embargo. Lejos del Japón natal, su amor se agranda, se espiritualiza, despliega, toda su potencia sentimental en ellos. En sus imaginaciones, el Japón de las leyendas y de los mitos antiguos, y el Japón de los acorazados de acero, fundense en el mismo ensueño de imperialismo ambicioso. Con una tenacidad de abejas que realizan un trabajo insistitivo, penetran el secreto de nuestra cultura y extraen las ideas y los procedimientos, aprovechables para verterlos en las normas tradicionales de su país. Y este esfuerzo que parece disperso ó incoherente, esta actividad desplegada en los laboratorios y en las aulas y en los centros todos de la vida europea, esta labor precipitada que de otro modo se perdería en gran parte, generaliza alrededor de la idea directriz de todos ellos; aplicar el máximo de energía á engrandecer la tierra de los antepasados que hicieron el Japón de maravilla, y de los japoneses futuros que han de hacerlo dominador del mundo.

Si les dijérais esto es posible que callarían. O mejor, es posible que sonderían evasivamente. Porque si de algo son avaros los japoneses es del tesoro de sus ilusiones y de sus ambiciones colectivas. Así, ellos que todo lo inquierén y todo lo sondéan curiosamente, enmudecen y sonríen cuando se habla de su país. Es que acaso preparan á Europa una nueva sorpresa formidable, pero entre tanto, quisieran pasar inadvertidos. Ni siquiera la convicción de su fuerza les arranca juicios mortificantes para los hombres de Occidente. Ni siquiera el recuerdo de sus victorias parece envanecerlos. Y esta reserva, esta laboriosidad, esta austeridad en que viven, distintos en los procedimientos, pero idénticos en la finalidad, impelidos por la misma ideal fuerza, es, para los observadores

A la caída del sol se despejó su inteligencia y supo con dolor la infusta nueva del triste fin de Don Luis.

En el alma de Zara brotó el remordimiento; creyó que, en su amor propio, dió ella lugar á la disputa que arrebató la vida del hidalgo.

La vehemencia de Zara tenía la propiedad de exagerarlo todo, y el vivo sentimiento que abrigaba fué exagerado por demás, dando lugar á que sintiese una necesidad ineludible; la de rogar á Dios junto al cadáver del hidalgo en desagravio de su negra culpa.

Sin dar á nadie cuenta de su idea, después de puesto el sol tomó el camino de la torre, y era entrada la noche cuando llegó al jardín que debía atravesar para llegar á la capilla en que estaba el difunto caballero.

Débil mujer, y como tal supersticiosa; se agitó con terror entre las sombras.

El solemne silencio que reinaba, la turbación de su conciencia al sentirse culpable y la seguridad de que iba á contemplar en cadáver al severo censor de su delito; todos estos temores que intentó desechár inútilmente, la hicieron abrigar un terror pánico y contener su marcha y hasta el febril aliento de su pecho.

En esta situación de ánimo volvió la fiebre á

—Caballero—exclamó;—un acto de piedad me heo conducido aquí. He venido á rezar junto á un cadáver culpado no me arrepiento de haberos encontrado de una manera casual

—¿Zara... querido Zara mío!—le dijo Nicolás cayendo de rodillas á sus pies.

—Alzad, señor, no me ofendáis. Pensad que entre los dos hay un abismo.

—¿Un abismo?...

—Sí señor, vuestro estado. Yo soy una humildísima doncella. Vos sois casado; noble y poderoso.

—¿Pero me amas?—preguntó Nicolás con una viva incertidumbre.

—¿Me preguntáis si os amo?... le dijo la doncella estremeccida.—Lo que puedo deciros, es que no debo amaros.

—¡Desdichado de mí!—exclamó Nicolás con acento doliente en que revelaba su amargura. Tú tan pura, tan bella, has venido á este mundo para ser mi tormento, mi martirio.

—Por Dios, señor, no recordéis...—dijo Zara deramando lágrimas. Tenéis muchísima razón en quejaros de mí. Si fué injusta con vos, si os calumnié causándoos una horrible pesadumbre, las apariencias me engañaron; hoy lamento de veras este engaño.

con acento apasionado— ¡quién pudiera lograr ser el feliz señor de tu albedrío.

—¿Qué me queréis?—preguntó la doncella temblorosa próxima á desmayarse de emoción.

—Ven Zara, ven—la dijo el caballero con voz apasionada é irresistible;—toma asiento á mi lado y en el dulce misterio de la noche, á la luz de esa luna cuyos dulces reflejos me muestran tu belleza peregrina, dime tus enfrimientos, que mi alma sorprendida y arrobada se identifique con sus ansias que el corazón sediento de ventura apague sus avides en las vivas miradas de tus ojos.

Y al decir estas frases acercóse á la joven, la cogió por la mano, que hacía sentir el fuego de la fiebre, y tiró de ella dulcemente hasta llevarla al cenador.

Y se sentaron ambos en un banco.

Y se cruzaron sus miradas.

Y se excitó al contacto de sus manos el fuego de la fiebre que sentía.

Y balbucientes, ebrios, delirantes, quedaron arrobados un momento; pero el instinto, más bien que la razón, que se hallaba eclipsada en los dos jóvenes, advirtió á la doncella el inmenso peligro que corría; y mediante un esfuerzo de inquebrantable valentía, se puso en pie con valerosa decisión.